

68. Un viaje por el pantano

Fue trágico el viaje desde Roma a Bassiano, en abril del 1837. Tal vez adelantó su cita con la muerte. Gaspar había llevado con él don Francisco Saverio Ricciardi, Hno. Sante Angelini y Hno. Bartolomeo Panzini y todo había resultado bien hasta la encrucijada entre Cisterna y Sermoneta.

El sendero, a causa de una gran lluvia, ya colma de grandes agujeros y muchas piedras, se había vuelto "tan fangoso" que el conductor no se dio cuenta de una grande raíz de un árbol, que cruzaba de lado a lado. Al impacto el carruaje brincó y se volcó por completo y los caballos, asustados, rompieron las ataduras y comenzaron a correr salvajemente por el campo. Todos quedaron ilesos, pero Gaspar quedó con una gran herida en la frente y fue derribado por el carruaje, que se le quedó encima, aplastándolo en el fango. Sólo por la noche llegó por fin el rescate y, después de varias horas, fue liberado de la posición peligrosa. ¡Pero en qué estado!

Por una herida brotaba sangre y la tos convulsa lo sacudía con tal violencia que apenas en dos logran afirmararlo. Hasta se vieron obligados a proseguir el camino a pie, a la luz de una antorcha y a cruzar un arroyo profundo. Gaspar, aunque de vez en cuando era llevado hombros, en esas condiciones tuvo que caminar mucho y fue agredido por una fiebre violenta. En Sermoneta, donde lo esperaban con ansia, se acostó en la cama con fiebre.

Al día siguiente sus compañeros continuaron el viaje rumbo a Bassiano, donde comenzaron la Misión. Él estremecía por el Desiderio de participar y, contra todo consejo, después a penas de un día de descanso, *"habiéndose mejorado un poco, alcanzó a los compañeros. Asumió la dirección de la Misión y las fatigas del ministerio con mucho vigor, hasta el término. Hizo la predicación grande al pueblo, conferencias al clero y a las varias clases personas, a pesar de la enfermedad, que sabía ocultar heroicamente. Nunca quiso ponerse en la cama, ni tomar medicamentos, confiando sólo en Dios"*.

¡Más ahora su existencia se veía socavada! ¡Esa vez, en sus admirables designios, Dios no intervino para salvarlo con su mano amorosa! ¡Para su Apóstol estaba cerca la recompensa de las fatigas terrenales!

La tos seca y persistente le daba espasmos día y noche, y no lo dejó nunca más. Fue el prelude de aquella última hora que se apresuraba y que él había muchas veces predicho. La esperó con gozo, repitiendo continuamente la frase de Pablo: "¡Deseo ardientemente la disolución de mi carne y unirme para la eternidad a Cristo Señor mío!"